

la pretura, y Claudio los llevaba consigo al senado. Algunos emparentaron con familias ilustres ó compraron gloriosas genealogías. Palas vino á ser así el más noble personaje de Roma, cuando se demostró que descendía de los antiguos reyes de la Arcadia, fundadores, por Evandro, de la ciudad eterna. Pero su orgullo corría parejas con su fortuna: por no manchar su boca hablando á los esclavos, el afortunado libertero mandaba á los suyos por señas ó por escrito.

En el elogio de Etrusco da el poeta Estacio las noticias más exactas sobre algunos cargos ejercidos por los libertos del palacio.

«A tí solo, dice, te están confiados los sagrados tesoros del príncipe, las riquezas derramadas en las naciones y los tributos que nos paga el universo mundo. Lo que España saca de sus minas de oro y lo que brilla en los montes de la Dalmacia, las mieses de Egipto y de Africa, las perlas que se sacan del fondo de los mares orientales, los vellones traídos de los prados que riega el Galeso, el trasparente cristal, el limón de la Mauritania, el marfil de la India, en fin, lo que nos traen los vientos del Mediodía, del Oriente y del Setentrion, todo esto está confiado á tu vigilancia. Tú juzgas y previenes lo que necesitan cada día las legiones y el pueblo; tú sabes los gastos que hay que hacer para los templos, para los diques que contienen las aguas, para las vías militares; tú llevas la cuenta del oro que brilla en el palacio de César, del que forma las estatuas de los dioses ó la moneda marcada con la imagen del príncipe.»

Etrusco, el administrador (*à rationibus*) tenía pues lo que nosotros llamaríamos cuatro ministerios: los de comercio, obras públicas, hacienda y casa real.

El mismo poeta da á conocer otro libertero, de nombre Abascanto, que tenía el encargo de los despachos (*ab epistulis*).

«Enviar por toda la tierra las órdenes del señor de Roma; tener en su mano las fuerzas del imperio y dirigir su empleo; saber qué laureles nos llegan del Norte, qué estandartes ondean á orillas del Eufrates, del Danubio y del Rin, cuánto han retrocedido ante nosotros los confines del mundo, allá hacia Tule, ceñida de mugientes ondas: he aquí algunas de sus funciones. Pero ¿hay que reunir espadas fieles? Abascanto designa el más apto para mandar cien jinetes ó una cohorte, el que merece el glorioso título de tribuno, ó quien mejor sepa conducir los rápidos escuadrones. ¿Qué más se necesita? Abascanto debe saber si el Nilo ha inundado los campos, si el Austro con sus fecundas lluvias ha regado la árida Libia. Menos activa es la mensajera de Juno; menos pronta la Fama en su célerrimo carro.»

Podría decirse que el secretario de los despachos desempeñaba las funciones de un ministro de la guerra, de gobernación y de Estado.

Sus oficinas donde trabajaban los esclavos inteligentes que esperaban la libertad como recompensa de sus servicios, estaban divididas en dos clases, una para los países de lengua griega y otra para las provincias de lengua latina. A ellas se agregaban hombres doctos y expertos, capaces de hacer honor con sus conocimientos y buen estilo á la cancillería imperial. Conservamos las obras de uno de estos, las cuales han debido á la precisión de la forma y á la propiedad de la expresión el honor de figurar entre las mejores de la literatura romana. Aludimos á las biografías de Suetonio. Griego ó latin, cuidábase mucho del estilo, pero también de la escritura: los despachos eran obras de caligrafía.

El secretario de peticiones (*à libellis*) y de informes (*à cognitionibus*) tenía que atender á la multitud de los pretendientes, leer todos los memoriales é instancias de los

que de todos los puntos del imperio pedían un destino, un título, una gracia, apelando á la justicia ó la benevolencia del príncipe. Se suponía que daba cuenta de todo al emperador, el cual resolvía. El secretario de informes, probablemente instituido por Claudio, hacía la instrucción previa, el expediente de los negocios que el emperador debía resolver por sí mismo ó someter á la resolución del senado, ó de los magistrados ordinarios.

Estos cuatro secretarios, de cuentas, de correspondencia, de memoriales y de informes, hacen recordar la organización que tuvo mucho tiempo Francia bajo la antigua monarquía, con sus cuatro secretarios de Estado, cuyas atribuciones estaban tan confundidas y embrolladas como las de los secretarios romanos, siendo de principio en Versalles como en Roma elegirlos entre los hombres de oscuro origen, lo cual no obstaba que llegaran á ser á veces grandes hombres. Los dos gobiernos habían obrado lo mismo por analogía de situación, y sacaron sin duda de esta conducta análoga idénticas ventajas.

A pesar de la mala nota de los libertos imperiales, creemos que con más noticias ó mejores datos encontraríamos que no todos fueron funestos á su príncipe ni inútiles en el gobierno del imperio.

Observamos que no se habían abandonado al espíritu de compañerismo ó compadrazgo, tan peligroso en las funciones públicas. La administración provincial no estaba llena de sus compañeros de servidumbre ó de manumisión: de ochenta procuradores de rentas que las inscripciones nos han dado á conocer, sólo hay ocho libertos, y todavía son de los primeros tiempos del imperio.

Con todo eso, más hubieran valido, para las altas funciones del Estado, hombres respetados en la opinión, no procedentes de la servidumbre imperial. Como expusimos en otro lugar, Adriano obró este cambio confiando los cargos de secretarios á miembros del orden ecuestre. Muchos emperadores lo habían precedido en esta vía, sin hacer como él de esta reforma una regla de gobierno. Sus sucesores la siguieron y la administración mejoró notablemente; pero fué el principio de aquella jerarquía que continuada hasta la clasificación más minuciosa ligó á la sociedad con tantos lazos que vino á quedar sin movimiento y sin vida; de modo que hay que poner en el siglo más brillante del imperio el germen de las instituciones que minaron su fuerza y prepararon su caída.

Los esclavos y los libertos de que acabamos de hablar vivían en el palacio, adonde hombres libres iban diariamente á disputarles la influencia. En la república, los grandes abrían sus casas á muchos individuos que se decían sus amigos y que en todo caso eran sus clientes por la *esportula*, sus partidarios para un golpe de manó. El general en el ejército y el gobernador en la provincia tenían también su cohorte de jóvenes ligados á su fortuna y amigos que formaban su consejo, comunicaban sus órdenes ó vigilaban su ejecución. Cayo Graco y Livio Druso hubieron de poner cierto orden en esta turba. Tenían los amigos del primero, del segundo y del tercer grado, á quienes trataban respectivamente: estos esperaban en la calle un saludo desdenosamente hecho; aquellos admitidos á tocar la mano del patrono; los otros á vivir en su intimidad; prueba singular de la facilidad de los romanos en aceptar la subordinación y la disciplina.

Los emperadores conservaron estos usos como tantos otros de la república; tuvieron también sus amigos de diferentes grados ó categorías, desde los amigos del corazón que vivían con ellos sin cargos ni títulos, hasta aquellos que simplemente agradables, se distinguían apenas del ser-

vicio doméstico, á menos que no fueran sabios, artistas, elocuentes ó ingeniosos personajes, con los cuales gustaban muy mucho de conversar Trajano, Adriano y Marco Aurelio.

Con un gobierno personal, algunos de estos amigos del príncipe, compañeros de sus viajes ó de sus festines y frecuentadores del palacio (1), llegaban á adquirir mucho prestigio é influencia (2). Augusto había elegido entre ellos los miembros de su consejo privado (3), verdadero consejo de gobierno que examinaba los negocios presentados de orden del César por los secretarios de Estado. Para sus funciones judiciales, rodeábase el emperador de los personajes que tenía á bien llamar. Ya vimos en tiempo de Trajano uno de estos juicios, que nos dispensa de todo comentario.

Amigos del príncipe, libertos de palacio, y aun esclavos, aquellos frecuentadores de la antecámara imperial no siempre eran personajes circunspectos: algunos vendían afuera su crédito verdadero ó supuesto, las noticias auténticas ó falsificadas, lo que habían oído decir detrás de la puerta, ó fingían haber llevado al oído del príncipe. «Se vende al emperador,» decía Diocleciano en son de enojo. Y Alejandro Severo hará morir asfixiado á uno de sus familiares que había explotado la credulidad de los pretendientes. Durante la ejecución, gritaba un heraldo diciendo: «¡Perezca por el humo el que ha vendido humo!»

#### V.—EL EJÉRCITO

Es ocioso hablar aún de la actividad desplegada por todo el imperio para las obras públicas: los monumentos municipales, templos, circos, anfiteatros, compitiendo á veces con los de Roma en belleza y aun en dimensiones, los puentes en los ríos, los canales en las llanuras, los acueductos por encima de los valles, los caminos al través de las montañas, los faros en los promontorios y en fin la inmensa red de vías militares, que se desarrollaban en una longitud de 77.000 kilómetros (4). Los capítulos precedentes han mostrado esta grande obra de civilización, que los modernos no han superado hasta nuestros días.

Este esplendor de la vida militar se hubiera disipado muy pronto sin el ejército, que establecido de asiento entre el imperio y los bárbaros, protegía el inmenso trabajo hecho á espaldas de él. En el reinado de los Antoninos fué formidable, y debemos hablar de él con algunos detalles,

(1) *Comites et convictores*. Tenían en palacio sus servidores particulares cuyo jefe llevaba el título de *procurator a cura amicorum*. De viaje formaban el cortejo del príncipe, el cual costaba sus gastos. Augusto dió un día á los de Tiberio, que se limitaba á tenerlos á su mesa, 600.000 sesterces para los amigos de la primera categoría, 400.000 para los de la segunda y 200.000 para los de la tercera (Suetonio, *Tiber.* 46).

(2) *Nullum majus boni imperii instrumentum quam bonos amicos esse*, decía Helvidio en tiempo de Domiciano (Tácito, *Hist.* IV, 7). Hómulo en tiempo de Trajano, pensaba lo mismo. Este título de *amigo del príncipe* acabó por ligarse á ciertas funciones, y aun vino á ser un título de honor que se hacía constar en el sepulcro, después de la mención de un consulado. Los prefectos de la ciudad y del pretorio eran *de derecho* amigos del príncipe, como entre nosotros, los mariscales, los pares y los cardenales eran *primos* del rey. En tiempo de los Merovingios, el convidado ó compañero del rey, cuyo *vergeld* era doble del de los demás leudes, era sin duda el sucesor del amigo del príncipe. Esta costumbre había existido, por otra parte, en todas las cortes orientales.

(3) Suet. *Tiber.* 55. Los cónsules y magnates formaban parte de él. Estos consejeros tenían también un sueldo de 60, 100 y 200.000 sesterces (Orelli, núm. 2.648).

(4) El Itinerario de Antonino enumeraba trescientas setenta y dos grandes vías, que reunidas habrían formado un camino de 77.000 kilómetros, más de 16.000 leguas.

porque de las dos grandes originalidades de Roma, su derecho y su organización militar, ésta fué mucho tiempo incomparable.

En tiempo de la república, ya acabada la guerra, se licenció el ejército; pero desde la rivalidad de Mario y Sila, hubo siempre algún caudillo que encontró medio de tener un ejército á su devoción. Octavio heredó todas estas fuerzas: el día siguiente de la batalla de Accio, se encontró á la cabeza de setenta y seis legiones; pero sólo conservó veinticinco y licenció las demás. Vespasiano tuvo treinta, número que conservó mucho tiempo.

Augusto declaró permanentes estas veinticinco legiones, y las estableció en las provincias fronterizas, á las órdenes de legados nombrados por él y revocables á su voluntad. Para sostenerlas creó nuevos impuestos y constituyó al lado del tesoro público una caja militar que realizó todos los ingresos y gastos necesarios al ejército.

Según el cuadro ó estado de las fuerzas del imperio presentado al senado por Tiberio, las veinticinco legiones estaban repartidas de la manera siguiente: ocho á lo largo del Rin, tres en España, dos en Africa, dos en Egipto, cuatro en el Eufrates y seis á orillas del Danubio y del Adriático.

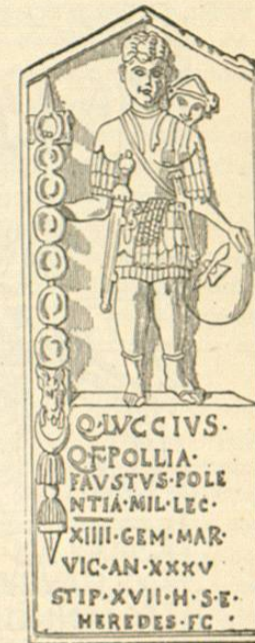
Así todas las fuerzas militares, menos la guarnición de Roma, estaban establecidas á pie fijo entre el imperio y los bárbaros. Los campamentos, los puestos fortificados que unían entre sí inmensas líneas de defensa, servían de base de operaciones; y como no se distinguía el pie de paz del pie de guerra, como las legiones estaban al alcance de sus almacenes y tras ellas se extendía su territorio principal de reclutamiento, estaban siempre dispuestas á entrar en acción.

La concepción era nueva y grande, y es un maravilloso espectáculo el de aquel imperio armado de una manera formidable en sus fronteras y regido interiormente sin un soldado.

Sin embargo, muchos provinciales eran vencidos de la víspera que conservaban aún el recuerdo de la libertad perdida. Pero los romanos no tenían una preocupación que es muy grande y embarazosa entre nosotros, la del orden público. Ellos sabían distinguir lo que era de interés general de lo que no tenía sino un interés de localidad ó de persona.

Era pues posible que no estuvieran seguros todos los caminos ni tranquilas todas las ciudades; hasta sucedió en los comienzos que por rivalidades municipales surgieran guerras privadas entre ciudad y ciudad: al gobierno le importaba poco lo que era exclusivamente incumbencia de los interesados. Pero ¡ay del aventurero ó de la ciudad que comprometía el orden general ó se armaba contra el imperio! Algunas cohortes se destacaban de la frontera más próxima y la represión era tan rápida como terrible.

(5) Museo de Maguncia.



Soldado legionario, legión XIV.<sup>a</sup> Gemina (5)

Nosotros que estamos habituados desde larga fecha á pedir al Estado que vele y obre por nosotros, hemos multiplicado indefinidamente las pequeñas guarniciones, que destruyen el espíritu militar, pero son muy ventajosas para las ciudades que las reciben. Con esto establecemos soldados en todas partes, á riesgo de desmenuzar el ejército y relajar su disciplina.

Los romanos no ponían soldados en ninguna parte, sino enfrente del enemigo. Sus legionarios no tenían más que una función, la guerra; no más que un género de vida, el de los campamentos; y así es como llegaron á ser los primeros soldados del mundo.

Por eso no guarnecían las ciudades sino por rara excepción. Cuando se echó de ver que en Antioquía, en medio de aquella población tan vanidosa como insolente, y tan



Jinete legionario (1)

incapaz de permanecer sin amo como de conservarlo, no era posible tener un soldado espacio de tres meses, sin hacer de él un afeminado ó un sedicioso, se suprimió la guarnición de Antioquía, bien que esta ciudad fuera un punto importante para la defensa de Siria.

Constaba la legión de seis mil infantes y setecientos treinta jinetes, todos ciudadanos romanos: su efectivo hubo de variar en diversas épocas, pero sin apartarse mucho de estos números que pueden considerarse como reglamentarios (2). Se dividía en diez cohortes, la cohorte en seis centurias, salvo la primera, que tenía diez de gente escogida. Los setecientos treinta jinetes se repartían en veintidós compañías ó *turmas* de treinta y tres hombres. Cada centuria tenía su estandarte que en la refriega servía de punto de reunión. Los llamados especuladores y exploradores iban á la descubierta explorando el terreno.

(1) Museo de San German.

(2) Según Vegetio, II, 6, la primera cohorte que llevaba el águila y las imágenes de los emperadores, *divina et presentia signa*, tenía 1.105 infantes y 132 jinetes; las otras nueve sólo constaban de 555 infantes y 66 jinetes cada una. Total de la legión entera, 6.100 hombres de á pie y 726 á caballo, lo que da para el tiempo de Vegetio una proporción de jinetes mucho más fuerte que en las antiguas legiones.

Los italianos estaban exentos del servicio militar; pero había algunos que querían, sin embargo, seguir la carrera de las armas. Para ellos y los ciudadanos que no habían podido hacerse admitir en el servicio legionario, se formaban cuerpos particulares, *cohortes civium Romanorum*. El servicio era en estos cuerpos menos duro que en las legiones, las armas menos pesadas, y menos tardías las recompensas. Los provinciales, no ciudadanos, y los reyes ó pueblos aliados, suministraban los *auxiliares*, cuyo número variaba según las necesidades, siendo poco más ó menos igual al de los legionarios. Estos escuadrones (*alæ*) y estas cohortes auxiliares llevaban ordinariamente el nombre de la provincia ó del pueblo que los había suministrado.

Constando cada legión de doce á trece mil hombres con sus auxiliares, tenía su infantería de línea y su infantería ligera que corresponde á nuestros tiradores ó cazadores, y su caballería y sus máquinas para lanzar dardos ó demoler murallas, es decir una artillería de campaña y una artillería de sitio: era un ejército completo, y nuestras divisiones están aún organizadas con medios diferentes de la misma manera. Pero conviene notar que el ejército romano estaba siempre *divisionado* (*endivisionné*), porque la única formación que conoció era la legión, que representa una división francesa.

El águila de oro que servía de estandarte era el símbolo de la patria, del deber, del honor, y los soldados le daban un verdadero culto. «Las águilas, dice Tácito, son los dioses de las legiones.»

Los operarios, *fabri*, que nosotros llamamos ingenieros, no formaban parte de ninguna legión: estaban repartidos por provincias militares bajo la autoridad superior del general, que nombraba el jefe de ellos, *praefectus fabrum*; de modo que si la legión no tenía operarios para construir sus máquinas y hacer sus obras de defensa ó de ataque, había un cuerpo de ellos en cada gobierno militar, y estos gobiernos comprendían todas las provincias fronterizas en que residían los ejércitos.

Esta organización merece algún estudio. Como todas las noches en país enemigo ó á las inmediaciones del enemigo, hacían los legionarios mismos su campamento, con foso, parapeto y estacada, siquiera fuese para pasar una noche, no necesitaban hombres especiales para abrir una trinchera ó una mina: es un carácter que distingue al soldado romano del nuestro.

El primero era apto para todo, porque se había ejercitado en hacerlo todo, hasta obras de utilidad común, de carácter civil, cuando la guerra daba tregua. Así, Mario hubo de corregir, hace dos mil años, «las incorregibles bocas del Ródano» con la *fossa Mariana*, y nosotros apenas acabamos de renovar esta empresa abriendo el canal de San Luis, que hasta el presente presta menos servicios. Para rodear la Germania por el Norte, los soldados de Druso llevaron parte del Rin al lago Flevo, y la *fossa Drusiana* ha venido á ser el Ysel; los de Corbulón abrieron un canal entre el Mosa y el Rin, para hacer menos peligrosas las inundaciones del Océano. Rufo abrió, y un teniente de Nerón quiso cortar la meseta de Langres para unir el Mosela y el Saona por medio de un canal, que no se terminará hasta diez y ocho siglos después de haberlo intentado un romano.

Y no hablamos de los caminos y puentes construídos por todo el imperio, ni de los puertos abiertos en todos los mares, ni de los pantanos desecados, ni de los viñedos que plantaron por sus manos, ni de aquellas inmensas fortificaciones con que habían cubierto dos mil leguas de fronteras.

Estos trabajos continuos de que dan mil y mil pruebas las historias é inscripciones, eran el gran medio disciplinario de los romanos, pues los generales temían de tal modo la ociosidad del soldado que hasta lo obligaban á veces á trabajos inútiles. Así, el autor de las *Estratagemas*, Frontino, alaba al cónsul Násica por haber ocupado á sus legiones, durante todo un invierno, en construir una flota, de que no tenía necesidad.

El ejército romano se llamaba *exercitus*, es decir hombres que trabajan, y conquistó el mundo con la espada en una mano y el pico en otra.

En resumen, el pueblo más militar de la antigüedad fué conducido por la experiencia de los siglos á establecer los principios siguientes:

- 1.º Nada de guarniciones pequeñas.
- 2.º Reunión de los soldados de todas las armas en veinticinco ó treinta cuerpos de ejército, compuestos cada uno de una legión y sus auxiliares.
- 3.º Establecimiento de las legiones en la frontera enfrente ó á proximidad del enemigo, en campamentos atrincheros cuyo emplazamiento fué tan bien elegido, que muchos de ellos han venido á ser ciudades importantes, y que este ejército de trescientos sesenta mil hombres pudo por espacio de tres siglos hacer infranqueable una frontera inmensa á la vista de codiciosos bárbaros y aun de reinos poderosos.

- 4.º Trabajos continuos de utilidad civil ó militar, impuestos á los soldados para mantener vivas sus fuerzas y ahuyentar del campamento la ociosidad y la indisciplina que es su fatal consecuencia.

- 5.º En fin, importancia creciente de día en día de lo que hemos llamado artillería de sitio y de campaña.

Hase dicho: «Entre los romanos, el uso de las máquinas vino á ser más común á proporción que el valor personal y los talentos militares desaparecían en el imperio: cuando no era ya posible encontrar hombres, fué preciso suplirlos con instrumentos de varias clases.»

En tiempo de Gibbon esta observación parecía exacta, pero hoy no lo es ciertamente. El heroísmo en la guerra cambia de forma, sin cambiar de naturaleza, según que la lucha se hace cuerpo á cuerpo ó á distancia, como se hace con las máquinas. Con ellas, necesita el soldado á veces, cualidades más difíciles que la audacia y el arrojo. Los progresos de la artillería entre los romanos no argüían pues el abatimiento del espíritu militar, sino los progresos de la ciencia aplicada á las cosas de la guerra, y prueba de ello es la *Polioreética* de Apolodoro.

En Roma, allá en los buenos tiempos que hicieron la grandeza del Estado, era obligatorio el servicio militar, pues no se hubiera comprendido que la cosa común, la cosa de todos, *res publica*, no se hubiera defendido por todos. Estando el ciudadano en el pleno goce del *jus civitatis*, tenía obligación de armarse y combatir siempre que la patria lo llamaba, y esta obligación comenzaba para él al cumplir la edad de diez y siete años. La negativa á llenar este deber arrastraba la pérdida de los bienes y de la libertad y aun de la vida á veces. En tiempo de Augusto, un caballero romano, que hubo de mutilar á sus dos hijos para librarlos del servicio militar, fué vendido como esclavo; y algunos refractarios castigados de muerte.

La república estableció otra sanción: no se podía pretender ninguna función pública sino después de haber pasado diez años lo menos sobre las armas. El imperio conservó este principio por espacio de dos siglos y medio, pero reduciendo mucho la duración del servicio.

A los ojos de los romanos el ejército era la patria, de tal

manera que hubieron de organizarlo á imagen de ella. El esclavo no figuraba en la vida civil, y quedó también fuera de la sociedad militar: el que fraudulentamente se introducía en las filas era castigado de muerte. Una clase de ciudadanos era también de muy antiguo excluida del servicio, la de los proletarios, que no pagando impuesto, sólo tenían derechos políticos ilusorios. «Era muy justo, dice Dionisio de Halicarnaso, porque no se deben confiar armas á los ciudadanos, cuya indigencia no ofrece ninguna garantía al Estado.»

Esta condición desapareció al principio de las guerras civiles que mataron la república, y Augusto no restableció la exclusión que se había hecho de los proletarios.

Conservó la distinción entre los legionarios que debían ser ciudadanos y los cuerpos auxiliares compuestos de peregrinos. En derecho, todos los que gozaban el *jus civitatis*, excepto los italianos, estaban sujetos al servicio militar, y las numerosas cohortes que formaron, prueban que los voluntarios eran suficientes para cubrir en tiempos ordinarios las bajas anuales de las legiones (1).

En cuanto á los provinciales, el gobierno determinaba, según las necesidades, los soldados que debía suministrar una provincia, y como se necesitaba una base para el reparto, se tomó el gran medio administrativo de los romanos, ó sea el censo. El reclutamiento vino á ser un impuesto que los propietarios debían pagar: tantos soldados por tanta riqueza. Un rico podía tasarse en muchos reclutas; muchos pobres reunidos podían suministrar uno solo; hasta las mujeres contribuían.

Este sistema provenía de antiguas costumbres. Antes que la dominación romana se hubiera extendido fuera de Italia, estaban obligados los italianos á armar determinado número de auxiliares, y Polibio nos da la cifra de los contingentes, que en 225 antes de J. C. estaban dispuestos á incorporarse al ejército romano para atajar la invasión de los galos. En los tristes días de la segunda guerra púnica, se impusieron los ciudadanos el sacrificio de suministrar cada uno, según su posibilidad, uno ó más soldados; Augusto hubo de recurrir dos veces á este medio y obligó á los ricos, hombres y mujeres, á manumitir á algunos de sus esclavos á fin de poder admitir desde luego á los manumisos en las cohortes. La república había pues legado al imperio el uso de levantar soldados entre los súbditos y el medio de hacer estas levadas menos onerosas, encontrando para ellas un orden regular, *ex censu*. Augusto redactó sin duda, al efecto, un reglamento general. El Estado reconocía la edad, la talla y la fuerza física del recluta, y sólo tomaba los más vigorosos «y los más pobres,» añade Dion.

Cada legión estaba mandada por un legado de clase pretoriana. Después de él venían los tribunos, jefes de diez cohortes; el prefecto del campamento desempeñando las funciones de gobernador de plaza en los *castra* y de mayor en las expediciones; sesenta y cuatro centuriones ú oficiales de infantería; veintidós decuriones ú oficiales de caballería; en fin ocho ó nueve grados inferiores, cuyos titulares llevaban nombres diferentes bajo la designación común de *principales* que venían á ser nuestros sargentos y cabos. El servicio religioso estaba representado por los victimarios y los arspices, y el de sanidad por médicos y veterinarios: cada campamento tenía una ambulancia, *valetudinarium* (2).

(1) No hay aquí contradicción con lo dicho en otro lugar. Tiberio se quejaba, no de que faltaran voluntarios, sino hombres de buena condición.

(2) Numerosas inscripciones mencionan médicos agregados á las